

Fútbol: pasión que debería escribirse

Guillermo Zuluaga

Resumen:

Aunque el fútbol es uno de los fenómenos sociológicos más importantes, y uno de los espectáculos con mayor afluencia de público hoy en el mundo, ha sido ignorado por las ciencias sociales. El autor se apoya en algunos textos históricos para mostrarnos el recorrido que ha tenido este deporte, y cómo la actitud de la gente frente al juego en gran parte ha estado mediada por la moral cristiana, y aun por el marxismo.

Palabras clave: fútbol, juego, deporte, cristianismo, marxismo, obreros, ocio, trabajo.

Hablar de fútbol es estar en fuera de lugar. O por lo menos así puede pensarse al observar cómo este fenómeno moderno por excelencia, pese a su importancia no encuentra mucha acogida entre los estudios sociales.

Al respecto, en su libro *Fútbol a sol y sombra*, el escritor uruguayo Eduardo Galeano se preguntaba: ¿en qué se parece el fútbol a Dios? Y respondía de inmediato: en la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales.

Lo cierto es que pese a que su evolución rueda al compás de los tiempos, que cada mundial o final de torneo continental cobra especial relevancia en la vida de millones de personas alrededor del mundo y los medios de comunicación encuentran en éste la gran posibilidad de concitar el interés de sus espectadores, el fútbol ha sido desdeñado y no se le ha tenido en cuenta por parte de investigadores o intelectuales.

Frente a este tema vale la pena una mirada somera que brinde alguna luz sobre el desconocimiento dado a este deporte. El historiador y sociólogo alemán Norbert Elías, quien habla de que la sociología del deporte no atrae a quienes hacen parte de la "corriente principal" asegura que "En los libros de historia, la historia de los deportes es presentada a menudo como una serie de actividades y decisiones poco menos que accidentales de unas cuantas personas".¹ Sólo a algunos eminentes y brillantes "estudiosos" puede ocurrírseles que tres mil millones de personas al frente de una pantalla observando

la inauguración de unos Juegos Olímpicos o la clausura de un Mundial de Fútbol, sea una actividad accidental. Por ahora aceptémoslo. Pero, ¿a qué se debe tal desconocimiento?

Lo primero es reconocer que éste no es un asunto reciente. Los antropólogos brasileños Arlei Damo y Ruben Oliven señalan que la aversión al deporte es tan antigua como el deporte mismo. Una de las primeras razones puede ser la herencia de la moral cristiana que nunca observó los juegos con buenos ojos. Según explican, después de su florecimiento en la cultura helénica, los juegos entraron en decadencia durante la dominación romana y fueron prohibidos por el Emperador Teodocio I, tras considerarlos "fiestas paganas" que habían perdido sus funciones. "El carácter meritocrático y educativo tan valorizado entre los griegos, había cedido su lugar a la competitividad exacerbada, la monetarización y la manipulación de las reglas por los soldados romanos".²

Durante la Edad Media y el Renacimiento los juegos alcanzaron tal figuración que disputaban el mismo espacio que los ritos sagrados. Según Jaques Le Goff, durante esta época el mundo estaba fragmentado entre una sociedad litúrgica y una sociedad lúdica, y esta última tenía como principal escenario el carnaval, que con sus ritos, juegos y espectáculos quería ir en contravía de lo establecido.

A diferencia de la fiesta oficial, el carnaval era el triunfo de una especie de liberación transitoria, más allá de la órbita de la concep-

ción dominante, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes. Se oponía a toda perpetuación, a todo perfeccionamiento y reglamentación, apuntaba a un porvenir más incompleto.³

Uno de los principales focos de atención de estos carnavales eran los juegos y éstos no eran del agrado de los jerarcas de la religión que, debido a la forma de realizarlos, veían en ellos “un camino hacia el vicio y la perdición”.⁴

Se consideraba que el juego hacía parte de una actividad que brindaba placer físico y durante la Edad Media a cualquier asunto relativo al cuerpo se le atribuía cierto carácter pecaminoso por ser visto éste como cárcel del alma. El juego sólo *renacerá*, *florecerá* y empezará a mostrarse en el Renacimiento.

Pese a esa estigmatización, un tiempo después, en el siglo XVIII, los juegos ya vistos como deportes fueron llevados por la Iglesia,⁵ con San Juan Bautista de la Salle, a sus internados e instituciones como parte de la educación, con lo cual, de todas formas le cambió su carácter al pasar de ser fuente de placer y diversión a encontrar en él la disciplina y el orden.

Otra de las razones principales para que el deporte no haya sido fuente de interés por parte de los investigadores sociales y en general de las ciencias humanas puede ser la herencia marxista. Si bien el deporte en general, y el fútbol en particular, durante las primeras luces del siglo XX posibilitó la fraternización de la clase obrera,⁶ muchos intelectuales consideran el deporte en tanto espectáculo masivo, como cierta posibilidad de alienación. Para los antropólogos brasileños Damo y Oliven,

La reproducción de la división social del trabajo, entre trabajo intelectual y trabajo manual, vista por Marx como punto de partida del sometimiento y de la alienación, hacía creer que los deportes eran actividades eminentemente prácticas y por lo tanto, con poca o ninguna contribución para el aumento de la conciencia de clase.⁷

El movimiento obrero nunca vio con buenos ojos la práctica del fútbol, en tanto su sentido carnavalesco, pues consideraba que en “estas fiestas dionisiacas” se “agrupan extensos grupos (sic) de personas en el medio urbano y disuelven temporalmente diferencias instituidas a partir de otras formas de pertenencia”.⁸

Pese a lo anterior, el fútbol obrero fue motor de difusión y popularización de este deporte durante las primeras décadas del siglo XX. Sin

embargo, los “anarquistas” no pudiendo someter a los proletarios, abandonaron el fútbol, entre otras razones por no poder adecuar el juego a los cánones revolucionarios.⁹

Todos estos movimientos e ideas heredadas del marxismo nunca han gustado del fútbol, y muchos de los seguidores de estas doctrinas han visto en éste y todos los otros deportes una mera posibilidad de trabajo, debido a su actual búsqueda desmesurada de éxito. Para el sociólogo Rigahuer el deporte moderno no es más que,

un producto “burgués”, una recreación practicada inicialmente por miembros de la clase dominante para su propio placer. A ellos les servía como contrapeso del trabajo, pero, debido al aumento de la industrialización y a la difusión cada vez más del deporte hacia abajo en la escala social, ha llegado a adquirir unas características semejantes a las del trabajo.¹⁰

Otro de los argumentos que puede tener alguna validez a la hora de abordar el desinterés por el estudio de los deportes, es esa división histórica que ha existido entre ocio y trabajo, donde lo primero se ha asociado con lo placentero en tanto el segundo se ha asociado con lo serio. Elías considera que ambos conceptos “están distorsionados por una herencia de juicios de valor. Según esta tradición, el trabajo está altamente catalogado como un deber moral y un fin en sí mismo; el ocio, degradado como una forma de haraganería y complacencia”.¹¹

Podría decirse, entonces, que los estudios sociales han heredado la estigmatización de todos estos asuntos y han considerado como livianos dichos temas. En síntesis, al deporte, por su carácter de juego y diversión, las ciencias sociales lo han tomado muy deportivamente, valga la redundancia. ■

Notas

1 ELIAS, Norbert y DUNNING, Erick. *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1992. P. 91.

2 DAMO, Arlei y OLIVEN, Rubén. *Fútbol y cultura*. Bogotá: Norma, 2001, p. 29.

3 LE GOFF, Jaques. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*. España: Gedisa, 1986, p. 15.

4 DAMO, Arlei y OLIVEN, Rubén. Op. Cit., p. 30.

5 FOUCAULT, Michel. *Vigilar y Castigar, nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI, 1978, p. 143.

6 WAHL, Alfred. *Historia del fútbol: del juego al deporte*. Barcelona: B.S.A., 1997, p. 85.

7 DAMO, Arlei y OLIVEN, Rubén., Op. Cit., p. 35.

8 Ibid., p. 40.

9 Ibid., p. 36.

10 ELIAS, Norbert, Op. Cit., p. 254.

11 Ibid., p. 85.